

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
1. La estupidez.....	11
2. Caravana.....	19
3. Claridad.....	33
EL INSOMNIO DE LAS ROCAS.....	39
1. Un escrupuloso análisis.....	41
2. Otras maneras de escribir lo mismo.....	45
3. Cuando restar es restar.....	51
4. Zaragoza.....	53
5. Tierra mutada.....	55
6. Nada tan hermoso como esta soledad.....	57
EL FINAL.....	65
1. Mapa de distancias para una realidad agrietada.....	67
2. Réplica a la estupidez.....	71
EPÍLOGO PARA INGENUOS.....	73
1.....	75
2.....	81
3.....	83
4.....	85
5.....	87
DIARIO DEL INGENUO.....	91

LA ESTUPIDEZ

Dispondrá de una ligereza hedonista. El placer de la escritura, la expresión sanadora donde se refugia, llega a con-moverlo. Por mucho que los asuntos aquí narrados entrañen dificultades y describan la concienzuda dureza de la vida, existe un resorte dulcificante, hallará una misión en marcha, se reconciliará con cada una de estas frases. Ciertamente, en este prólogo llega a mostrarse un tanto estúpido. Era necesario. Lo importante es que la literatura lo perdona, le concede cierto crédito. Tal vez jugar con la estupidez sea una fórmula, un remedio, un método para huir de alguna emboscada. Poco a poco, el libro irá tomándose más y más en serio. Pero era absolutamente necesario levantar con una mano la superficie del mar, tal como hiciera Salvador Dalí en su famoso cuadro. Para su querido Doctor Montante, Dalí era un fantasma infame, digno de compasión. Con qué seguridad y aplomo llegaba a manifestarlo. Su tío abuelo Pere García Lamolla, más inteligente, recalca que Dalí había conseguido hacer reír a los dos bandos surgidos a raíz de la Guerra Civil. Algo es algo. Él idolatra el instante en que el pintor de Figueres decide averiguar qué esconde la planicie marina. Le parece la cumbre de la lucidez. Porque las aguas habían estado esperando desde hacía siglos y siglos este gesto singular que retrata la humilde curiosidad del humano. Así, también un libro desea encarecidamente que sea leído de otra forma. Ese gesto que no tiene siempre las de vencer. Pero, se dice, como fraguador de la novedad, desde el primer momento, tal vez él está creando un sentido fundacional. Adquiere el carácter de un fantasma. El mundo actual, tan terrible, acaso necesita de la bondad de ciertos fantasmas, e incluso de su temeridad. En efecto, lo importante es la literatura. Nos percatamos a través

de ella, por poner un ejemplo, de que un fantasma es considerablemente inmune. Su naturaleza posee cierta similitud con la impunidad propia del lenguaje. ¿Cómo se comunica un verdadero fantasma? De la manera más compleja y profunda. Hay que ir tras su rastro. Incluso Salvador Dalí, en resumidas cuentas, resulta abisal. Y hay que reconocer que el lenguaje no deja de ser una bestia inabordable. Por eso, no siempre la imagen que aparece es la de un árbol frondoso que se abre a la magnanimidad de un delta en el momento de morir. Los relámpagos negros, los ganchos oxidados de la rabia, así como los miserables ganglios de la exacerbación... Todo es posible. Se trata de un bazar lleno de efectos sorprendentes. Hay que alzarse sobre el mundo y decidir que uno no va a perecer en el intento de amar intensamente a las metáforas, a su núcleo brujesco donde las cosas que importan deciden establecer las claves. Cada metáfora es una historia y viceversa. En lo más profundo de lo onírico puede cualquiera llegar a cerciorarlo. Entonces, si nos enfrentamos a una narración, a un desmesurado intento de atrapar el misterio, y además sacándole fruto a la amplitud, nos toparemos con una problemática respecto a la autoestima. ¿Voy a ser capaz de estar lo suficientemente loco como para obedecer a una obsesión faraónica? Es obvio, no es nada favorable preguntarse directamente si uno es buen escritor, pues se trata en rigor de demostrarlo. Pero seguro que hay pocas cosas tan eficaces como un enérgico placebo ante la página en blanco. El pecho se hincha como ante un altar. De manera que darse cancha no es tan negativo. ¿Vale la pena, por otra parte, contar con la vanagloria de sentirse un total elegido? ¿Qué tiene que ver un Mesías con todo esto? A menudo uno llega, muy a su pesar, del mismísimo fracaso, de la derrota más insidiosa. Están resquebrajadas las entrañas. En esta tesitura, cualquier remedio ante la fatalidad atesora su sentido. El caso es salvarse, y si ello propone exquisiteces, miel sobre hojuelas. La noche es demasiado oscura y peligrosa como para desconfiar de las catapultas que dejan atrás las murallas, las sombras. Los paraísos juegan con nosotros, de un claroscuro puede brincar una temporada memorable. Todo es muy caprichoso. Por eso, el dominio de la relatividad no deja de poseer sumo interés. ¿De inmediato vas a demostrar

todo lo que sabes? ¿Crees que esto es un paseo triunfal por la Vía Láctea? Hay que ser precavido. Es preciso tener en cuenta toda la dura labor intermedia. Al anhelado final se llega tras besar cada uno de los peldaños de la ascensión. O bien del descenso. O bien de la mediocridad. Así que no podrás zanjar la cuestión en un parpadeo. Tal vez nunca vayas a conseguirlo. Puede que surja un dañino desgaire generalizado, o que una mísera voz chirriante pugne por dejarse oír; hasta un bochornoso paroxismo. Toda la maquinaria depende del trabajo. Pero el peaje no lo es todo. Así que no te obsesiones con un esfuerzo descomunal, pues tales ejercicios son eminentemente vacuos. No lo es todo dar el callo.

¿Rugirán rencorosas grandilocuencias? Calma. Tal vez estos peligros son las curvas de una fantástica carretera apodada "Imposible". Tal vez tu intuición ha de salvarte. ¿Qué es lo que intuyes como un animal nocturno? Mejor será seguir redactando con cierto tenso nerviosismo que no conduzca de ninguna de las maneras hasta una enfermiza tribulación. Aunque, hay que reconocerlo, a veces los límites son tolerables... Pero seguro que unos esfuerzos precisamente descomunales, desencajados y vigorosos, te impedirían llegar hasta la otra orilla. Es un enorme trecho el que aguarda: mejor será que te lo tomes con tranquilidad. Si el sentido común se sitúa de tu lado, puede llegar a convertirse en esa langosta que uno degusta cuando todo el resto de los comensales se ha vuelto loco de remate. Y tal resto no son necesariamente esos amantes que se escabullen en la oscuridad de la noche. Su huida tiene algo de monumental escorzo, pero tú has de valerte desde el equilibrio. Clava una lenta caída de navajas de nieve sobre una gran explanada de silencioso asfalto, sobre ese infierno expectante. Rabioso de pura inmovilidad. Espera la convergencia entre ambos mundos. Intuye primero, y luego acepta.

No hay que correr tanto. No se trata realmente de un inicio corrosivo, de un listón que no se detiene en sus exigencias, situándose más y más arriba. Por si eso fuera poco, disponemos del mecanismo de un tiempo interior, un secreto a la hora de ralentizar el pulso. A pesar de lo que suelen ser ciertos comienzos, aquí no parece darse una necesidad imperiosa. Es necesario mantenerse alerta. A lo mejor algunas

prisas sí son buenas. ¿Las prisas que atesoran los calambres imposibles? En principio, hemos de partir de la aversión a la irrealidad de lo veloz. ¿De qué serviría una tendencia inhóspita hacia tal irrealidad si solo íbamos a lograr desembocar en la parálisis? Los enlaces del límite, los éxtasis rampantes, ofrecen la verdad y luego queman, matan.

He aquí otro tema propicio al mareo. No se barajaba iluminar el amarillo nihilismo, pues eso complicaba el asunto, dado que no infería un zambullido deslumbrante en el Todo, que era justamente lo más querido. Rondaba otro misterio todavía más poderoso. ¿Nada y Todo quedaban anulados? ¿Sería factible desangrarse poco a poco sin perder por ello ni una sola gota de sangre? ¿Apañárselas para hacer emerger un mundo desde la distancia y desde el epicentro al mismo tiempo? ¿Qué paraíso concéntrico había de salvarle? ¿Se fundiría su voluntad con el resultado mientras las palabras se daban a vivir, desplegando todo su poder inmediato y eterno?

Quién sabe si la clave está en que reflexionar suele hacer más débil a quien reflexiona. Tal vez es mejor ir actuando. Había subido casualmente a un monte en el País Vasco para ofrecerle un trono a una vaca. ¿Se aclaraba un poco ahora lo que se pretendía remarcar? Cualquier ejercicio mental, por minúsculo que sea, por elemental que parezca, condena a la ambigüedad. Solo nos restaba esta paciencia extraña. Para qué hacer otra cosa que merodear. Otorgar tronos a vacas. Para qué salirse del guion. Como quien no ansiaba lealtades, este talante mínimo y sigiloso ya disparaba hacia el corazón del asunto, hacia el mismo meollo, hacia el núcleo más noble de toda su inquietud. ¡Querida Prudencia! Caminar, al fin y al cabo, como una gran vaca sagrada. Y descubrir entonces que aquel ampuloso animal de la India era todo un despacioso hervidero por dentro. En realidad, rumiaba cómo salirse por la tangente, cómo hacer añicos el mismo viento, cómo volver a empezar después de la catástrofe de comprender por qué el viento estuvo siempre ahí. Caminar por la rúa y ejemplarmente acoplarse sin más a este destino. Era el escritor que había salido muy pronto un domingo por la mañana con el fin de encontrar aquel hotel de las afueras donde su padre le hablaría, entre cafetito y cafetito, sobre cualquier vago asunto,

mientras él caería en la cuenta, afablemente sorprendido, de que aquello era como ir a las carreras, pues los coches de la autopista inmediata se mostrarían completamente enajenados, llevándolo de nuevo hasta su infancia, llena de amor. Habría un espacio para dejar correr la mirada. Habría flores de plástico en el *hall*, y él iba a ansiar convertirse en un filósofo de primera línea para poder sulfatarlas con fundamento y hasta con absurdo, para aplicar la verdad y toda la resolución de los sistemas a aquella jardinería rara. La herida de su padre, las nubes plomizas, el café humeante, los bólicos desmesurados... Todo ello atestiguaba que un mundo puede surgir cuando ciertos elementos se disponen a adorarlo. ¿Qué dinamismo convertía a aquellos largos minutos reconcentrados en un viaje sin tiempo? El esquema no se transfiguraba: la bonhomía de su progenitor y los hastiados sueños del ácido secreto, cada horizonte al alcance de sus manos de humo, cierta ceguera en la pulcritud exacerbada de unas miradas escalofriantes... Él comprendía que todo era un espejismo, y aceptaba la droga visionaria desde otro espejismo: su propia verdad. Por cierto, había llegado aquí el momento colosal de hacer mención a la que fuera su musa, aquella que paralizó el orbe para conseguir hacerlo girar desquiciadamente dentro de esa misma parálisis, contradicción exacta. Sí, había tenido una musa, y ahora temblaba eléctricamente al recordar la jornada peculiarísima y densamente épica en que fueron a visitar la casa de los Dalí en aquel pueblo mítico de la Costa Brava. Ella, que era rubia como un destino imantado, que poseía la mirada del empequeñecimiento del Universo, se desmayó y tuvo que pedir unos minutos para poder reponerse. ¡Y pensar que le había dirigido en cierta ocasión tres preguntas consecutivas, y que ella convino en reaccionar con total acierto y pundonor! Pero el amor es imposible, se encuentra hilvanado entre puntos de fuga fraudulentos, cada vez más distantes, hasta ese paroxismo que acaso se topa con el ser. Puestos a soñar, tal vez existan verdaderos cielos dominados por la ternura. Qué molesto, qué injusto ser incapaces de conciliar el fenómeno de la perseverancia en lo amoroso con la tranquilidad de un idílico barrio en paz, allá por una Argentina subjetiva, allá por un Buenos Aires exquisito donde Jorge Luis Borges y Roberto

Arlt escribieran todo cuanto se les antojara. Pensábamos en una barriada realmente celestial comandada por la mansedumbre de un atardecer dorado y ligeramente ebrio: cada pieza del puzle había encontrado su lugar. ¿Cuál era el tango favorito? Diríase que, desde su voz, al soltarse a cantarlo en el bar del hotel, un ejercicio fractal permitía deducir el vuelo de su vida. En un contraste desorbitado, había comprendido la certeza y la validez de sentirse Dios, con la misma facilidad con que el colibrí sorbe su preciado elixir en el mismo aire. Caía contra el suelo tras un disparo de su propia guardia pretoriana. Malherido, había de escapar por los ángulos de su imaginación. “¡Padre, tú eres mi lejana verdad!”. Él, que había comprendido la certeza y la validez y la pesadez de sentirse Dios, visitaría El Blasi tras escabullirse de la situación, proyectándose hacia una buena borrachera. Y entonces juraría que, a pesar de los pesares, aquella ciudad suya era la más bella del mundo, la más maravillosa. Y se entregaría así a la locuacidad del alma. Si hubiera dispuesto de la suerte de vivir el *Swinging London*, no habría experimentado tanta felicidad como en aquella mañana de vermú blanco. Con todo, atesoraría el convencimiento de que, más adelante en la tarde, tocaría el piano como un auténtico poseso. Su padre iba a aplaudirle desde una distancia de millones de años luz. El engranaje de las notas escogería melodías nuevas y arcaicas, acordes atemporales. La música era la expresión implacable de una especie de amplia historia invulnerable, resumida con nervio ágil y una reserva fiel. La llevaba en las venas. La sentía con ánimo extranjero: la luna flotando en el cielo de un día carcomido y bello, un día claro a pesar de todo, envenenada y sujeta para siempre en sí misma, destruyendo sin piedad la opacidad de los campos, la singularidad de las ciudades, la glotonería sagrada del océano. Y, sin embargo, la música siempre estaba construyendo, y seguiría construyendo en el caso de que el planeta estallara.

Se había afiliado a la humildad. La humildad al fin y al cabo. Su mirada interrogando las rachas de la brisa. Atravesaba su obra una especie de sordina para esquizofrénicos geniosos que han conseguido curarse y quienes, aparte de disponer de más argumentaciones que Rita, guardaban en sus bolsillos todos esos esmaltados talismanes cuya música de piedra corresponde

a la propia circunferencia magnética de las cosas, a su viaje mental, tintineante. Un giro estruendoso definía a los personajes como él. Era un experto, en definitiva, sobre Federico Nietzsche. En la casa de los años veinte de sus abuelos, en aquel chalé incomprensible, había una cómoda y un atril, y en lo más hondo de un armario embriagado por las limpias sábanas, caracoles amarillos y verdes recogidos por alguna silueta dubitativa y lejana: su propio padre. Todo sería factible, incluso apretujar con sagacidad a la misma sabiduría, si desempeñaba su justo papel: no alejarse en exceso del manjar ya disponible. Un lagarto muerto sobre la playa se volvía azul con lentitud, mientras el mar jugaba a la ruleta rusa. Puestos a gravitar mediante las palabras, películas de serie B en aquel cine de pueblo cuya jefa era una chica de preciosos ojos azules en los cuales se reflejaba toda esta novela. Ella crecería hasta darse de bruces con la dura y frenética realidad del mundo. Contemplaría el mar. ¿Acaso el mar no es el máximo exponente de la auténtica médula, el día a día elevado a la enésima potencia, aquella brujería enzarzada entre la belleza y lo imposible? Pero era en los pueblos del interior, tierra adentro, donde la verdadera imaginación no estaba reñida con los datos inconexos de la alegría. Nos referimos a la alegría de la distancia hasta la costa. Dentro del alma de un artista, todo se encuentra ya dispuesto para el sufrimiento, la lucidez y, finalmente, el amor. Y pronto será Navidad y toda la familia va a sorber la sopa de la abuela. Todos estos sentimentalismos te golpean. Te hacen su daño. Ahora, ¿qué se le había perdido en la práctica más bien desquiciada de semejante lotería suicida? Recordaba aquella efeméride a la que hacía referencia un anuncio de la televisión y que venía muy al caso: “¡Lo aguanta todo!”. Podía resumirse el epicentro en la posibilidad cierta y real de conseguir contemplar la lava pastosa y calidísima sobre un dichoso bocadillo astrofísico. Un pan extremadamente resistente. De eso iba el truco. Apañárselas para releer *Un mundo para Julius*. Volver así a alucinar con el queridísimo pintor Peter. De eso iba el truco. Avanzaba con temeridad y raíz mediante la confianza ciega en que el edificio no iba a desmoronarse. Se trataba de dar cabida a tantas cosas que en apariencia se antojaban antitéticas y antinómicas... Como una

limpia diarrea de la excelencia divina. ¡Aquí podía encontrarse toda suerte de concordia! La recordaba bien; aquella profesora ya viejecita de origen aristocrático se lo sugirió allá en Berna: “¡Debes hacer un pequeño esfuerzo!”. Por fin, en su ciudad del sur de Europa, en su cuarto de estudio con auténticas vistas al corazón de la nada, aquel pequeño esfuerzo se disponía a escalar la gigantesca montaña de la estupidez.

© del texto: Lorenzo Plana García, 2025
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2025
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: marzo de 2025
ISBN: 978-84-19884-80-0
DL: L 148-2025
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.